

Prot. CG 91/2025
A TODA LA FAMILIA AGUSTINO RECOLETA**“ANUNCIAD A CRISTO DONDE PODAÍS”**

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Con la alegría de celebrar una vez más la solemnidad de nuestro Padre san Agustín, les escribo para compartirles la luz de su ejemplo, su palabra viva y el fuego que brota de su amor a Cristo y a la Iglesia. Este año, de manera especial, lo hacemos bajo el signo de la misión, con el lema de este curso 2025-2026 para toda la Orden y que nos viene dado por labios del propio Agustín: **Anunciad a Cristo donde podáis**¹.

Anunciad a Cristo donde podáis no es solo un lema. Es una misión. San Agustín, al pronunciar estas palabras, no proponía un plan estratégico, sino una urgencia evangélica: llevar a Cristo a todos, en todos los momentos y desde todas nuestras posibilidades. Este año queremos redescubrir en esta exhortación una llamada a la acción concreta.

1. San Agustín: un corazón disponible para la Iglesia

San Agustín no fue un misionero en el sentido clásico, como los grandes exploradores del Evangelio en tierras desconocidas. Sin embargo, fue profundamente misionero en su forma de pensar, vivir y servir a la Iglesia. Su disponibilidad es conmovedora: *No antepongáis vuestra contemplación a las necesidades de la Iglesia*², solía decir. Así fue obispo, predicador incansable, defensor de la fe, catequista popular, pensador brillante, escritor apasionado, pacificador entre los cismáticos y servidor de todos.

Para él, la misión no era una estrategia, sino una respuesta amorosa al llamado de Dios. Sabía que no hay excusas para no evangelizar. Estoy seguro de que habría hecho suyas las palabras del sabio persa Ahmad Sohrab: *Si no puedes ir lejos, hazlo cerca. Si no puedes predicar, ora, si no sabes enseñar, sirve, si no hablas su idioma, aprende*³.

La Iglesia de hoy, en sintonía con la invitación del Papa Francisco a una *Iglesia en salida*, vive un nuevo impulso misionero. No se trata simplemente de renovar métodos o estrategias. Se trata de volver a las raíces, de redescubrir la esencia misma de nuestra identidad: la Iglesia existe para evangelizar, y si no evangeliza, deja de ser fiel a su Señor.

2. Las páginas más hermosas de nuestra Orden se han escrito en las misiones

Cuando hojeamos la historia viva de nuestra Recolectión, brillan con especial fulgor las páginas escritas en nuestras misiones: en Filipinas, en Japón, en África, en América Latina, en Cuba... Son páginas escritas con el sudor de la entrega y, no pocas veces, con la sangre del martirio. Ahí están los nombres de Santa Magdalena de Nagasaki, San Ezequiel Moreno, nuestros beatos mártires del Japón, y tantos otros cuyos nombres no figuran todavía en el santoral de la Iglesia, pero están escritos en el Libro de la Vida.

*Las misiones han sido y siguen siendo la flor más preciosa de la Recolectión. Nos han dado identidad, cohesión, visibilidad, y sobre todo, nos han santificado*⁴. Han sido nuestro laboratorio de caridad, nuestra escuela de humildad y el crisol de nuestro carisma.

3. La misión saca lo mejor de nosotros mismos

¹ San Agustín, Serm 260 E,2

² San Agustín Ep. 48,2

³ Ahmad Sohrab, *Persian Rosary* (1929)

⁴ Ángel Martínez Cuesta; *Aportación de la Orden a la Obra misional de la Iglesia*, p. 30.

La misión no es un peso ni una tarea secundaria, es el lugar donde la gracia se vuelve fecunda, donde la caridad se vuelve creativa y donde la obediencia se vuelve camino. Por eso, la misión saca lo mejor de nosotros, incluso en las circunstancias más adversas.

El trabajo misionero nos vacía de lo accesorio y nos centra en lo esencial: Cristo, el Evangelio y los pobres. En las misiones hemos aprendido a vivir con menos, a esperar más de Dios, a amar sin medida. Allí, lejos de la comodidad, se nos revela el verdadero rostro de nuestra vocación: ser hombres de Dios para el pueblo de Dios.

Las gentes sencillas nos han evangelizado con su fe, con su gratitud, con su resistencia. Nos han enseñado a no quejarnos, a sonreír, a dar gracias. A través de ellas hemos entendido mejor las bienaventuranza⁵. En las misiones el “yo” se desvanece y nace el “nosotros”, y con él, los fundamentos del Reino.

El P. Mariano Gazpio, misionero en China durante más de treinta años, es para nosotros un espejo claro de este ideal. En su última etapa, ya bajo arresto domiciliario, impedido de ejercer libremente el ministerio, escribió con serenidad: *Estamos conformes con su santísima voluntad y contentísimos seguiríamos aquí, si gozáramos de la libertad propia de un apóstol⁶.*

No son palabras de resignación, sino de un corazón que independiente de las circunstancias sigue queriendo arrastrar almas para Cristo, incluso en el silencio y la cruz. El fuego apostólico no se apagó con la expulsión de China, porque lo llevaba dentro: en la bicicleta con la que visitaba aldeas, en la cama de arena que abrazaba su pobreza evangélica, en la Eucaristía clandestina, y en la oración por sus perseguidores, *criaturas de Dios*, por quienes pedía gracia y conversión.

4. El espíritu misionero: clave de renovación para nuestra vida consagrada

Lo he dicho en otras ocasiones: la falta de espíritu misionero nace de la falta de espíritu religioso. Si hemos perdido el deseo de ir, de servir, de salir de nosotros mismos, es porque también hemos perdido la pasión por Cristo. La misión no es sólo un destino: es una actitud que renueva el fuego del primer amor, purifica nuestras motivaciones y nos saca del ensimismamiento estéril.

Necesitamos religiosos misioneros, sí, pero más aún, religiosos con espíritu misionero, dondequiera que estén: en un barrio periférico, en una parroquia rural, en una casa de formación, en una comunidad educativa, o en nuestras casas de asistidos. Ser misionero no es cuestión de coordenadas geográficas, sino de orientación del corazón.

El espíritu misionero renueva, purifica y configura nuestras vidas. Es el caso de Mons. Ignacio Martínez, en el corazón amazónico de Brasil. Su vida fue un verdadero “sí” a la exigencia de Agustín: *Anunciad a Cristo donde podáis*. Murió navegando el río Purús, en plena *desobriga*, con las sandalias del misionero puestas. Había recorrido miles de kilómetros de selva entre fiebres, aislamiento y pobreza, sin detenerse ni excusarse. Cuando otros se planteaban abandonar, él escribía: *Pudiendo con la cruz de Lábrea, trocarla por otra de menos peso es obrar por nuestra pelleja, y es de grandísimos cobardes*.

Hoy su cuerpo reposa en la catedral de Lábrea; su legado, sin embargo, camina con nosotros. Que su ejemplo nos impulse a abrazar nuestras cruces con valentía evangélica, sin excusas ni reservas, allí donde la caridad y la obediencia nos envíen.

5. Todos estamos llamados a ser misioneros

La misión no es monopolio de unos pocos, sino una responsabilidad de todos: religiosos, monjas, laicos, comunidades, jóvenes y mayores. Todos podemos y debemos arrastrar las almas para Cristo. A veces será con la palabra, otras con la oración, la presencia, el testimonio, la cercanía, el acompañamiento o el servicio.

En este Año Misionero, miremos también hacia los rostros concretos que encarnaron esta misión hasta el extremo. Uno de ellos es el de la hermana Cleusa Carolina Rody Coelho, misionera agustina recoleta, mártir de la Amazonía brasileña, asesinada en 1985 mientras acompañaba a los pueblos indígenas apurinás en su lucha por la justicia.

⁵ Prior General Fr. Miguel Ángel Hernández, *Circular: arrastrad a todos al amor de Dios* (16 octubre 2023)

⁶ M. Gazpio, *Carta (Kweiteh, 20 diciembre 1951) al provincial Santos Bermejo*: Am, 163, 1^o. Publicada en Bpsn 42 (1952) 16-17.

Cleusa vivió con radicalidad evangélica, sin estridencias, pero con una fidelidad que incomodaba. *Aquí la injusticia es descarada... estamos junto a nuestros hermanos indígenas, desposeídos y despreciados*, escribía. Su compromiso no fue ideológico, sino profundamente evangélico, arraigado en la Palabra y en la oración.

Su sangre no fue el final, sino el inicio de una memoria viva. Hoy, los pueblos indígenas siguen llamándola *mártir de los pobres*. Su silencio, su ternura con los enfermos, especialmente los leprosos, su vida sencilla, su mirada contemplativa, siguen arrastrando a Cristo no por imposición, sino por atracción, con la fuerza irresistible del amor.

La pregunta que quiero proponerles a todos, en este año misionero, es muy sencilla: **¿cómo puedo yo ser misionero desde la tarea que se me ha confiado?**

No se trata de una pregunta teórica ni reservada a quienes parten a tierras lejanas. Es un interrogante que nos interpela a cada uno en lo cotidiano: en el trabajo, en la familia, en el aula, en la parroquia, en las redes sociales... Es desde ese lugar, desde esa tarea que se me ha encomendado —por pequeña o sencilla que parezca— donde estoy llamado a ser testigo del Evangelio.

San Agustín, maestro de la fe y pastor incansable, nos ofrece pistas muy valiosas para responder a este llamado. A lo largo de su vida, nos dejó ejemplos concretos de cómo ser misioneros con creatividad, humildad y amor apasionado por Cristo:

- **Evangelizar con sencillez**, como él lo hacía con los campesinos de su diócesis. No se necesitan grandes discursos para anunciar a Cristo, sino palabras claras, accesibles y llenas de verdad.
- **Usar los medios del pueblo**, como sus famosos versos en heptasílabos que eran pegadizos y se prestaban para ser cantados y con los cuales combatía el donatismo. San Agustín comprendió que el mensaje del Evangelio debía hablar el lenguaje del pueblo, no solo en forma, sino también en fondo.
- **Hablar su idioma, literal y espiritualmente**. San Agustín se esforzó por comprender y comunicarse con todos, incluso aprendiendo algunas palabras y expresiones del *púnico*, que usaba en sus sermones como ejemplo de inculturación, algo esencial en la labor misionera. Pero también *habló su idioma* al ponerse en sus zapatos, al conocer sus inquietudes, sus miedos y sus esperanzas.
- **Buscar la verdad con humildad**, sabiendo que la humildad es la base de todo encuentro auténtico con Dios. Como él mismo afirmaba: *Primero la humildad, segundo la humildad y tercero la humildad*.
- **Convertir la cultura en un puente para el Evangelio**, y no en un obstáculo. Así lo hizo con Volusiano y con muchos otros con quienes dialogó desde sus referencias culturales, filosóficas o sociales, mostrando que la fe no se impone, sino que se propone desde el corazón del diálogo.

Finalmente, San Agustín nos recuerda que **el amor a Cristo nos transforma en apóstoles apasionados**. Él decía con fuerza: *Así como quien ama a un actor lo recomienda a todos, ¡cuánto más el cristiano debe anunciar con fervor a Cristo!*⁷ Ese amor auténtico, cuando lo vivimos de verdad, se desborda, se contagia, se comunica. No podemos quedárnoslo para nosotros solos.

Entonces, en este tiempo de gracia que vivimos como Iglesia y como Familia Agustino-Recoleta, te invito a volver a la pregunta inicial: **¿Cómo puedo ser misionero desde la tarea que se me ha confiado?**

Tal vez no tengas que ir muy lejos. Tal vez la misión está justo donde estás.

Termino con las palabras del Papa Francisco que resuenan con fuerza:

*Salgamos con los corazones fervientes, los ojos abiertos, los pies en camino... para encender otros corazones con la Palabra de Dios*⁸.

Queridos hermanos: que este año misionero sea un tiempo de gracia y conversión para toda nuestra Familia Agustino-Recoleta. Que volvamos a soñar con una Recolectión más audaz, más disponible, más

⁷ San Agustín, Ep 118,22

⁸ San Agustín, En.ps. 33, 2,6

⁹ Papa Francisco. Mensaje para la 97 Jornada Mundial de las Misiones (DOMUND).

evangélica. Que podamos decir con verdad, como san Agustín: *somos siervos de la Iglesia, especialmente de los más pobres*¹⁰. Y allí, con humildad y pasión, *anunciemos a Cristo donde podamos*.

Que Ntra. Sra. De la Consolación, San Agustín, San Ezequiel Moreno y todos nuestros santos y mártires misioneros intercedan por nosotros.

Madrid, 15 de agosto de 2025
Solemnidad de la Asunción

Fr. 
Fr. Miguel Ángel Hernández Domínguez
Prior general


Fr. Luciano M. Audisio
Secretario general



¹⁰ San Agustín, *op.mon* 29,37

